

Mundo Argentino

20 centavos
en toda la
República



"En el pueblo todo el mundo lo sabía. Ricardo Guzmán era novio de Mercedes Rodríguez. Y Mercedes lo quería. Su padre, en cambio, no lo podía ver. Decía que el muchacho era un atorrante. Que era borracho. Que era un Don Nadie. Prohibió a Mercedes toda relación con él. Pero Mercedes lo quería. Lo quería desde chica, cuando estaba en la escuela y él le enviaba, furtivamente, napolitos perfumados o cartas con pétalos de rosa dentro."

De la novela corta

Las ALHAJAS de la MUERTA

De

MANUEL ANTONIO VALLE

DODOLFO
CIARO

En este número:

NUESTRO ENVIADO ESPECIAL en el CHACO RELATA
EPISODIOS ESPELUZNANTES de la TOMA de BOQUERON

El ESPEJO de la OPINION PUBLICA en el PAIS y en el EXTRANJERO

EL BALANCE DE LA POLITICA MUNDIAL

(1) ¡Nuestros novillos tipo "chilled" se venden a setenta pesos por cabeza! Y asimismo nadie nos compra. La situación de nuestros ganaderos no es, por cierto, de las más halagüeñas, ya que las cabezas de ganado no tienen salida como en otras épocas de franca prosperidad nacional.

(2) Alemania comienza a armarse de nuevo, provocando los recelos y las inquietudes de las potencias europeas, que ven un peligro en el resurgimiento de la nación que fué la de mayor aliento bélico en el mundo.

(3) Hoover ha declarado que él no interviene en la disputa sobre el derecho de armarse que tiene Alemania. La Gran Bretaña es de la misma opinión. Pero es casi seguro que las demás naciones no opinan lo mismo.

(4) El Japón alega que protege a la Manchuria, pese a la opinión contraria que afirma que lo suyo no es más que un vandálico atropello, sometiendo al Estado Manchú a punta de bayoneta.

(5) Indudablemente, el sacrificio de Gandhi es excesivo. El "leader" de la independencia hindú ha extremado la nota al declarar la huelga de hambre que puso en serio peligro su vida, que es tan necesaria para su patria en estos momentos.



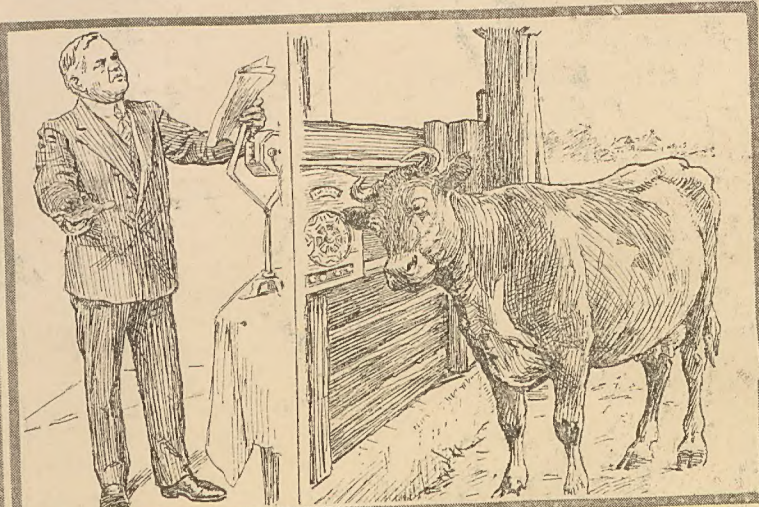
REPUBLICA ARGENTINA

1 Juan Pueblo. — Si, tengo muchas vacas y ovejas gordas, ¡pero nadie me las compra! No me faltará para comer, pero... ¿y lo demás?



ALEMANIA SE ARMA

2 Don Juan en acción. (De "The Record", Glasgow)



ESTADOS UNIDOS

3 Hoover. — Yo no intervengo en la disputa sobre el derecho de armarse de Alemania. La vaca británica. — Comparto su opinión. Yo tampoco me meto en ese camino. (De "Punch", Londres)



LA OPINION DEL JAPON

4 — El Japón, señora, protege y no rapta al Estado Manchú. (De "The Record", Glasgow)



GANDHI Y LA INDIA

5 Gandhi. — Moriré para que usted viva. La India. — No diga tonterías. Usted se propone morir por una enmienda discutible de un plan electoral. Yo me propongo seguir viviendo. (De "Punch", Londres)



EDITADO POR LA
EMPRESA EDITORIAL HAYNES

Mundo Argentino

SEMANARIO POPULAR ILUSTRADO

APARECE LOS MIERCOLES

DIRECCIÓN Y REDACCIÓN: RIO DE JANEIRO 300 - U. T. 80, CAS. 1020 AL 1029



FUNDADOR
ALBERTO M. HAYNES

AÑO XXII

BUENOS AIRES, NOVIEMBRE 16 DE 1932

NÚM. 1139

EL MOMENTO

EL CINCUENTENARIO

Cumple en estos días cincuenta años la ciudad de La Plata. Los cumple en rigor cronológico, exclusivamente, porque ya es sabido que las ciudades como las personas tienen la edad que representan, en cuyo sentido, aquélla es una de las más adultas y una de las más nuevas entre las grandes ciudades argentinas. Y he aquí que esta doble fisonomía, aunque resulte paradójal sustentarlo, es el carácter que la define.

Adulta parece, en efecto, esta ciudad, fundada ayer, porque encarna en cierto modo una tradición en la vida política, cultural y hasta económica del país. Se trata de una urbe surgida como de un milagro, de aquella coincidencia entre la necesidad histórica de darle una capital a la provincia que se había desprendido de la suya, en beneficio de la nación, y el deseo de promover una cosa nueva y perfecta, que señalara una edad en el progreso del país. Es la primera hazaña yanqui que se consuma entre nosotros.

Un ejército de obreros invadió los campos desiertos de la Ensenada, y en menos de dos años se operó el fenómeno, cuya evocación comunica ahora, a la imagen del doctor Dardo Rocha, esa estatura sobresaliente de los varones que han ejecutado alguna cosa grande en su vida. Así fué cómo La Plata nació estructurada para revestir la jerarquía que se le asignara por anticipado, y que contribuyeron a robustecer con el andar de los años y en análoga proporción los frigoríficos y la universidad, el puerto y el museo.

Nueva es, asimismo, la ciudad que celebra su cincuentenario, si han de contársele los años por el ritmo de expansión y la lozana pujanza que se exterioriza en todas sus expresiones.

Tan nueva en este aspecto, que la circunstancia de plegarse a los festejos de estos días, muchos de los hombres que contribuyeron a fundarla, inducirá a pensar que no se trata sino de la misma fiesta: la fiesta con que acogimos su epifanía.

La Plata es, quizá, la única ciudad argentina de laboratorio. No surgió, como todas las demás, improvisadamente, por fuerza de las circunstancias, impulsada por la población que en su predio avecinaba. Se la construyó en estudios de ingenieros, contemplando todas las necesidades de las modernas urbes. Es una ciudad donde todo está previsto. Conviene recordarlo en su cincuentenario.

EL TRIUNFO DE ROOSEVELT

Se ha definido hace una semana en los comicios presidenciales de los Estados Unidos, al triunfar el demócrata Roosevelt sobre el republicano Hoover, la política económica del mundo. De ahí que en los días que precedieron al acto comicial, la atención pública de todas las naciones civilizadas estuviera tenazmente fija en su desarrollo y anhelosa de conocer su resultado. Al saberse que Roosevelt triunfaba por amplio margen, un sentimiento de alivio se apoderó de todos los espíritus, dentro y fuera de la Unión. Es que mucho se espera del presidente electo. Hasta se considera que su actuación terminará con la depresión agravada hasta el martirio en los últimos años.

Dos sistemas de política económica se midieron en los comicios del 8 pasado, el proteccionista a ultranza, bien reflejado en la famosa frase de "bastarse a sí mismos", absurda máxima que ha servido de trinchera al más implacable chauvinismo, y el librecambista, liberal y democrático. Hoover personificaba el primero; Roosevelt, el segundo. Triunfaron, una vez más, las tendencias liberales, y no demorarán en caer las absurdas barreras aduaneras erigidas por la administración republicana. Este hecho será singularmente auspicioso para los intereses argentinos, pues entre las tantas trabas puestas al comercio de importación por el régimen de Hoover, figuraba la que vedaba la introducción de carnes del exterior. Desaparecido ese obstáculo, no cabe dudar que se reanudará de inmediato, en considerable escala, la exportación de carnes desde nuestros puertos, reanimándose la industria frigorífica tan duramente castigada en los últimos tiempos. Los cereales, la caseína, los huevos, las aves de corral y la manteca serán otros tantos renglones beneficiados por el triunfo de Roosevelt.

Además del alto significado que tendrá para nosotros la afirmación comicial del 8, su importancia es enorme si se considera que al tener éxito la nueva política administrativa de los Estados Unidos, los demás países tendrán forzosamente que seguir su ejemplo y abandonar las vías del proteccionismo. Es por tal consideración que el pueblo yanqui sustrajo su concurso a la candidatura Hoover, hecho casi sin precedentes en la historia política norteamericana, pues siempre se consideró que el supremo magistrado tenía derecho a una reelección.

LA NATURALEZA IMPONDRA LA PAZ EN EL CHACO

La guerra que se desarrolla en el Chaco Boreal llega a su término. La naturaleza confirmará dentro de quince o veinte días a más tardar, la predicción de los jefes que formaban la misión militar argentina en Asunción. "El Chaco terminará por vencer a paraguayos y bolivianos", decían tales jefes, y es este dominio del Chaco el que pondrá término en breve plazo, a esta guerra crudelísima en medio del desierto.

Muchas son las vallas que el Chaco ha levantado para defender su virginidad: sus insectos, sus tembladerales vastísimos, la carencia de agua dulce, sus montes malos, pero esencialmente espinosos y sus males epidémicos. Todos estos obstáculos han sido vencidos por los dos ejércitos en operaciones, pero para estos pueblos en armas, llega ahora el enemigo que no podrán dominar: las grandes lluvias que en el Chaco duran semanas enteras y tornan absolutamente intransitables todos los caminos.

Irremediablemente, pues, los ejércitos, dentro de 15 ó 20 días, estarán incomunicados con sus bases de aprovisionamiento, y esto significa la necesidad de evacuar de inmediato las regiones donde se está operando con lo que, de hecho, terminará la contienda que acaso pueda reanu-

darse en el próximo mes de abril, cuando las lluvias se hayan extinguido.

En este período coincidirá la suspensión de las hostilidades con el advenimiento del partido liberal al gobierno de Bolivia, donde el presidente de filiación republicana, doctor Salamanca, que hizo de la guerra en el Chaco una plataforma electoral, ha cedido la responsabilidad del mando al líder liberal, doctor Tejada Zorzano, que en Bolivia es también el líder del arbitraje para resolver el diferendo con Paraguay.

Muchas informaciones llegan acá sobre la inminente contraofensiva de las fuerzas del altiplano, pero tales informaciones carecen de exactitud, ya que tales fuerzas, obedientes a órdenes muy cuerdas de su comando, están realizando la evacuación del Chaco para ponerse a cubierto del hambre, que si no procedieran así, sobrevendría por efecto de la destrucción total de los caminos, a raíz de las grandes lluvias.

En este mismo número publicamos una amplia y documentada nota sobre la guerra del Chaco, escrita por nuestro enviado especial al frente, en la que estas consideraciones adquieren fuerza de convicción objetiva.



S IEMPRE tuve la seguridad de conocer algo respecto de los tigres devoradores de hombres, hasta que comencé a enterarme de la existencia del que más tarde llegó a ser conocido con el nombre de "el matador de Kuali". Siempre desde mi infancia me interesó sobremanera la vida de los animales salvajes, interés que más tarde convirtiéndose en mi tarea habitual. Los tigres devoradores de hombres me fascinaban, tanto que durante diez y ocho años he mantenido una especie de crónica sucinta de las proezas realizadas por los más importantes animales de esta índole en diversas partes de Asia. Los tigres devoradores de hombres (no encuentro en estos momentos una frase mejor para denominarlos) no son tigres vulgares, sino un tipo especial de perversos. Un tigre común rara vez ataca al hombre. Para ello tiene que verse acorralado, y aun en tales circunstancias no lo devora. Sólo una de estas fieras que por razones de edad o de incapacidad física no puede obtener su alimento común, gusta comer carne humana. Pero una vez que se habitúa a ello se convierte en un perseguidor implacable del hombre.

La mayor parte de ellos son, por lo regular, aniquilados bien pronto por las autoridades del distrito en que actúan. Muy de tarde en tarde surge una de estas fieras capaz de burlar a sus perseguidores por espacio de una semana o diez días, hasta que al fin cae. En el curso de estos últimos diez y ocho años, empero, han sido varios los tigres que han establecido verdaderos récords al dar buena cuenta de diez o doce vidas humanas. Pero nunca en la historia de cualquier país asiático se ha registrado un caso semejante al del célebre "matador de Kuali", villa situada en el centro del gran distrito de Johore.

En la época en que el "matador de Kuali" hizo su aparición, yo me encontraba en Singapur, ocupado en la filmación de algunos aspectos de la vida de determinados animales salvajes. Solía entonces efectuar cortos viajes a las afueras de Singapur, en varias partes del archipiélago malayo, donde encontraba lo que necesitaba. Por aquel entonces los periódicos de Singapur insertaban con harta frecuencia noticias referentes a tres tigres devoradores de hombres que, actuando en diferentes sitios, parecían competir en sus hazañas devastadoras. Estaba entre ellos el "matador de Kuali", que, sin embargo, no llamaba mucho la atención, ya que otro, el "carnicero de Toungoo" hacía cosas peores que las de él. Por si esto no fuera poco, existía un tercero, el "descuartizador de Johore", que también hacía sus "travesuras". En el hotel Raffles, de Singapur, donde me hospedaba, y en otros hoteles, el tópico obligado de toda conversación era el estrago de este formidable triunvirato. El "descuartizador de Johore" se colocó a la cabeza de sus competidores con tres muertes realizadas en una quincena, pero fué bien pronto aventajado por el "carnicero de Toungoo" con cuatro. El "matador de Kuali" había, por aquel tiempo, destrozado a dos víctimas, pero tan audazmente había llevado a cabo ambos hechos, que los periódicos vieron en él, y con justa razón, a un futuro "campeón".

De inmediato las autoridades locales se empeñaron en la dificultosa tarea de exterminarlos, no escatimando esfuerzo alguno para dar con el paradero de ellos. Pero todo fué inútil. Algunos nativos pretendieron entonces construir un automóvil blindado y sorprender a la fiera en las plantaciones donde acostumbraba a destrozar a sus víctimas.



Nueva serie de aventuras del gran cazador FRANK BUCK

CARGAMENTO de FIERAS

El MATADOR de KUALI



"El matador de Kuali"; tal es el nombre con que los nativos de un pueblito asiático han bautizado a un tigre, que ya lleva en su haber más de veinte muertes. Inútiles son las trampas que se le colocan para hacerlo caer. La fiera sigue en libertad. Por la noche sale de su escondrijo en la selva y cae sobre los infelices malayos, a quienes mata y luego devora. "El matador de Kuali" es de una ferocidad extremada. Posee una astucia sin límites. Sólo come carne humana y desdeña todo alimento que no sea ése. El gobierno ha prometido ya una crecida suma de dinero a quien logre matarlo. Se organizan expediciones, mas nadie se atreve a enfrentarse con la bestia rayada. Y pasan los días, y aumenta con ello el ya crecido número de víctimas que han servido para satisfacer por pocas horas el apetito del tigre. La situación tórnase ya insostenible. Los nativos piden a sus dioses del Templo del Tigre la inmunidad contra esas garras y esos dientes. Y es entonces que se acude a Frank Buck para que dé caza a la fiera.

Me ofrecieron la dirección de tal empresa, que rehusé, considerando que aquello era absurdo, y di como disculpa el hecho de tener que ausentarme bien pronto para Sumatra.

Varias semanas más tarde, a mi regreso a Singapur, hallé muchas novedades. El "descuartizador de Johore" había sido exterminado, luego de haber aniquilado a su sexta presa, y el "carnicero de Toungoo" había sido, aparentemente, espantado de Toungoo, ya que no había vuelto a aparecer en esos últimos seis días. En cambio, el "matador de Kuali" seguía asolando aquel distrito, evidenciando una ferocidad sin límites. Eran ya doce sus víctimas, y el distrito que rodeaba la plantación estaba aterrorizado. Los diarios pedían de continuo la organización de una expedición que se internara en la selva y pusiera fin a la vida de la fiera. Y comenzaron entonces a circular extrañas versiones. Alguien aseguró que los espíritus del mal habían establecido que sólo con veinte víctimas sería aplacado el apetito de carne humana que sentía el "matador de Kuali". De más está decir que ninguno de los nativos dejó de rendir culto a tan inconcebible rumor.

Bob Gattle, director de las plantaciones de Kuali, en cuyo radio actuaba la fiera, me visitó para pedirme un consejo acerca de la manera más eficaz para exterminar a aquella bestia que ensombrecía fatidicamente sus posesiones. Pese a mis buenos deseos, me fué imposible acceder a su pedido, pues al día siguiente debía partir hacia Siam, y no podía en manera alguna aplazar el viaje.

— A pesar de todo, quiero darle un consejo, Bob — le dije. — Es probable que no se produzcan ya más muertes, pero si se produce alguna, lo mejor que puede hacer es dejar el cadáver donde lo encuentren, si es que desean exterminar a la fiera. (Por lo regular, cuando un tigre de esta clase mata a un hombre, come hasta hartarse, vuelve a la selva, duerme y retorna entonces a continuar su banquete.)

Bob movió la cabeza.

— Eso es imposible — contestó.

— Ya sé lo que va a decirme — repliqué. — Que eso es desobedecer las leyes...

— Exactamente.

— Pues tendrá usted que hacerlo — insistí. — No queda otro camino.

— Lo haría de buen grado por mi parte, pero eso sería ponerse en contraposición con estos asiáticos. Usted sabe demasiado lo supersticiosos que son... Son capaces de no querer trabajar más en mis plantaciones si se enteran de que he utilizado el cuerpo de un hombre como anzuelo para cazar la fiera...

— Es lo único que puedo aconsejarle, Bob... y que me parece lo más acertado... Doce muertes es ya demasiado... No olvide que está tratando con un animal dotado de una ferocidad que no reconoce vallas y de una astucia incalculable...

Por más esfuerzos que hice no pude convencerlo para que adoptase el procedimiento. Al fin me separé de él, prometiéndole visitar sus plantaciones a mi regreso de Siam.

— Y no olvide — concluí diciéndole — que será inútil que como anzuelo coloque usted una cabra u otro animal por el estílo. El tigre quiere carne humana. Sólo eso lo atraerá...

Un detalle interesante acerca del "matador de Kuali" era el hecho de que, cuando una de las víctimas resultó ser un obrero de la plantación, mientras las huellas del animal habían sido descubiertas en varias partes de las posesiones de Gattle, todas las muertes ocurrieron en un lugar adyacente a la plantación. Los supersticiosos nativos atri-

buían esto a la presencia allí de un templo chino, que fuera erigido hacía ya muchos años por los primeros inmigrantes chinos que habían invadido aquella parte de Johore en procura de terrenos apropiados para sus plantaciones de goma, y que debían cuidarse mucho de los tigres que por aquel entonces constituían una amenaza muy superior a la actual. Estos obreros que trabajaban en lo que luego llegaría a ser uno de los distritos más importantes del mundo para el crecimiento de la goma, erigieron este templo para poder pedir en él protección a sus dioses precisamente contra esta clase de fieras, que los exterminaban. El templo fué erigido en plena selva, que por aquellos tiempos era poco a poco dominada por el hombre.

Debido a la circunstancia de que fué erigido sólo por temor a los tigres, se le bautizó con el nombre de "Templo del tigre", siendo hoy el día en que su presencia ejerce poderosísima influencia en el espíritu de los supersticiosos malayos. No fué por eso de extrañar que en aquella época en que el "matador de Kualí" se imponía, fueran muchos los nativos que iban a orar al "Templo del tigre", implorando a sus dioses la protección e inmunidad contra aquella fiera.

En cierta ocasión descubriéronse huellas del tigre rodeando totalmente el templo, lo que vino así a robustecer enormemente la ya arraigada convicción de que éste concedía una inmunidad absoluta. Yo, que por referencias de un amigo conocía a fondo al sacerdote que oficiaba en el "Templo del tigre", tuve la certeza de que las tales huellas habían sido fabricadas por él, para poder así hacer una mayor recolección de dinero salido de las manos de aquellos fieles. Hallándome en Siam recibí una carta de Bob Gattle, en la que me comunicaba que el "matador de Kualí" había producido ocho víctimas más. Con esto, como se comprenderá, es decir, con sus veinte muertes, aquella fiera bien podía ser considerada como el peor tigre comedor de hombres que se conociera. En mis anotaciones registraba el récord de un tigre hindú con diez y seis víctimas. Pero jamás había tenido noticia de nada parecido a aquel verdadero carnicero de Kualí. El gobierno, según informaba Gattle, había duplicado la prima que como recompensa daría a aquel que matara a la bestia. Los nativos, ambiciosos, organizaban expediciones, pero todo era en vano. Y Bob terminaba haciéndome recordar mi promesa de visitar sus plantaciones, y de paso "ver si podía proporcionarle alguna idea razonable." Aunque yo estaba seguro de que mi consejo era el único adecuado en tal circunstancia, decidí visitar Kualí en cuanto me fuese posible, y ver qué podía hacer para remediar la angustiosa situación de aquella zona.

Apenas hube llegado a Singapur, supe que el "matador de Kualí" había añadido ocho o nueve víctimas más a su trágico acervo, y que el gobierno aumentaba la prima

ofrecida por su exterminio. Como consecuencia de esto no eran pocos los nativos que llegaban a Kualí ansiosos por ganar la recompensa, que era ya muy crecida. Pero pronto abandonaban su empresa. En cuanto se enteraban de la forma cómo las gastaba aquella fiera, se conformaban con meterse en el "Templo del tigre" a pedir cada uno la respectiva inmunidad contra sus ataques. No pasaba una sola noche sin que fueran encontradas nuevas huellas delatoras de la presencia del felino. Dos de las víctimas pertenecían al cuerpo de obreros de mi amigo Gattle, aunque los nativos decían que habían corrido tal suerte debido a que sus ruegos en el templo no eran lo suficientemente fervorosos.

Encontré a Gattle en un estado deplorable de ánimo.

—Esto es ya demasiado, Frank—me dijo.—Temo que mis plantaciones sufran a la larga las consecuencias de este fantasma,

—¿Su—

pone que no le responderán los obreros?— pregunté.

—Es probable—fué la respuesta.—Hasta ahora el único que realmente no teme nada es Johoral, un muchacho malayo que trabaja de sereno. Es el que por las noches recorre las plantaciones de goma ahuyentando los animales.

En efecto, Johoral era el único allí que por la noche, a pesar de la presencia del tigre, se animaba a cumplir con su deber. Hasta había asegurado que deseaba encontrar.

se con él para poder ganar así la prima ofrecida por el gobierno. En cuanto fué llamado por Gattle y comenzó a explicarme los incidentes de la búsqueda del tigre, me agradó su forma de conducirse. Estaba seguro de que el tigre no comería otra carne que no fuese

humana. En aquellos últimos días habían sido muertos tres o cuatro animales domésticos cuya carne había despreciado el "matador de Kualí". (Esto confirmó mi consejo dado a Gattle de que la fiera no se sentiría atraída por un anzuelo que no consistiese en carne humana.) Volví entonces a pedir a Gattle que dejase afuera un cadáver, y observé que Johoral me escuchaba atentamente. Yo sabía por indicación de este último, que el cuerpo de la última víctima no había sido todavía enterrado.

—Si usted deja ese cadáver afuera—insistí, tendrá muchas probabilidades de exterminar al animal. Actualmente el tigre está algo así como empachado por la facilidad con que obtiene sus víctimas y no vacilará en venir.

Pero todos mis argumentos fueron inútiles. Gattle no quería exponerse a hacer algo contrario a la ley. Se limitó a decirme que los nativos habían construido algunas trampas que

colocarían en la selva cerca de las plantaciones para ver si el tigre caía. Y me pidió que junto con Johore fuera a vi-

sitarlas para ver si estaban bien armadas y colocadas.

Fuí con el malayo hasta el sitio en que las plantaciones de goma formaban una fila divisoria de la selva. Pero existía el inconveniente de que el "matador de Kualí" no tenía un punto o un paso fijo para entrar en la plantación. Tan pronto sus huellas aparecían en un lado como en otro. Pretender entonces que la fiera cayera en cualquiera de aquellas dos jaulas era por cierto demasiado optimista. Johoral también me confesó que, por su parte, tampoco confiaba en la efectividad de semejante procedimiento, pero no tenía, sin embargo, más remedio que acatar las órdenes de Gattle, que era su patrón.



"MUNDO ARGENTINO" TESTIGO de

"MUNDO ARGENTINO" ha creído conveniente destacar un enviado especial en el Chaco, y a tal objeto se encuentra en el teatro de la contienda, desde hace algunos días, el señor Juan B. Bres, periodista metropolitano de reconocida competencia profesional. El señor Bres ha empezado a enviarnos sus impresiones de la campaña chaqueña, y el primero de sus artículos aparece en estas páginas de la revista. Creemos sinceramente que muy pocas veces se ha conseguido dar, dentro de las normas periodísticas, una mayor sensación de realidad. El señor Bres refleja con espíritu objetivo, estrictamente ajustado a las normas profesionales, lo que ha visto en las selvas que la guerra está sembrando de cadáveres. Y es tal la fuerza de su sencillez que, por momentos, llega a dar la exacta impresión de lo que debe ser aquel infierno. Nos complace remarcar este particular en la seguridad de que nuestros lectores verán complacidos que, una vez más, "MUNDO ARGENTINO" no omite esfuerzos con el fin de servir a quienes tienen por costumbre leerlo.



Rumbo a Arce aparecen aquí los regimientos Corrales, Curupayti e Itororó, por el camino de Yucra. Ya cerca de ese fortín, a unos cuatro kilómetros tomaron posiciones y poco después realizaron el movimiento que hizo caer a aquella plaza.

sulta de los jefes, el mayor Fernández, con férrea energía, respondió: No retrocederé ni un solo paso en el terreno que ganaron mis soldados. Que se callen los cañones, pero si mis hombres se mueven de sus actuales posiciones, será para



Oficiales del regimiento paraguayo Corrales, el cuerpo de actuación heroica en Boquerón y Yucra, que se batió sin descanso durante veintidós días contra ocho regimientos bolivianos. Este regimiento tuvo a su cargo el ataque por retaguardia en Yucra.

CAMPOS de Boquerón, octubre de 1932. — Todavía no se conoce en su totalidad el desarrollo de las ac-

ciones paraguayas en el ataque a este fortín. La lucha no ha sufrido un momento de interrupción, sigue cada vez más adelante, y continuará seguramente hasta que el plan del ejército paraguayo se realice en su extensión total. El mismo corresponsal de "Mundo Argentino", apremiado por los nuevos acontecimientos, no puede dedicar sino esporádicamente alguna atención a los sucesos pasados, y es en estos instantes cuando encuentra ciertos episodios dignos de ser consignados, tales como los siguientes:



"QUE CALLEN LOS CAÑONES, PERO NO RETROCEDO"

Los sitiadores mantuvieron un cerco hermético sobre este campo durante 20 días.

El 28 de septiembre, ante la prolongación indefinida de dicha situación, se produjo un instante angustioso en las filas paraguayas, pues se resolvió emplear la artillería en un intenso fuego de "rastrilleo" — denominación dada al cañoneo cuando virtualmente se barre el camino elegido; —

El doctor Luis Alberto de Herrera, y a su lado el teniente coronel Recalde, artillero que acaba de llegar de Europa, donde se perfeccionó en su arma, aparecen ambos junto a un cañón Krupp tomado a los bolivianos.

pero para que la artillería pudiera entrar en acción, era necesario que las fuerzas sitiadoras abandonaran sus posiciones conquistadas en singulares esfuerzos. Dejar tales posiciones para una retirada estratégica con el fin señalado, era reavivar el espíritu ya deprimido del adversario, de modo que al hacerse la con-



la LOCURA BELICA de AMERICA

caer en asalto a la bayoneta sobre el enemigo.

La altivez y serenidad de este jefe, salvó aquel instante crítico, y a la mañana siguiente la guarnición de Boquerón caía rendida.

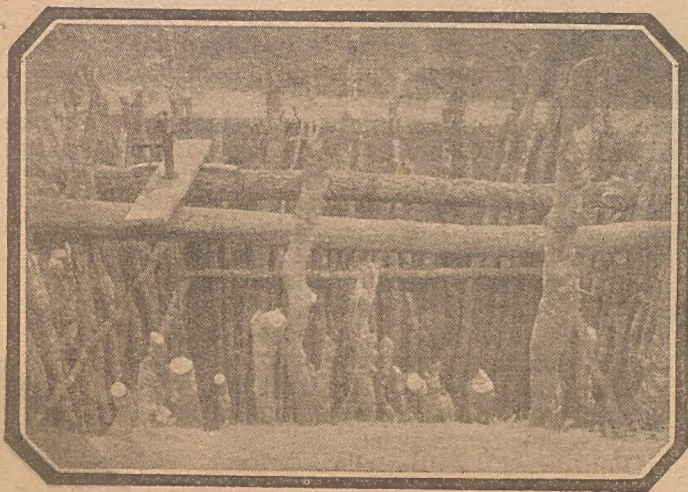
"¡QUE LINDO DIA PARA MORIR! HOY SI QUISIERA MORIRME!"

En las filas del ejército paraguayo prestaba servicio como voluntario el noble ruso expatriado por el régimen soviético, Orefield de Serebriacoff, que revistaba con el grado de capitán. Su conocimiento del castellano era muy precario. Apenas sabía decir "salto adelante", "paraguayo no tiene miedo", "yo no tiene miedo balas", y así, cortas oraciones, que giraban siempre en torno del miedo o de las cargas. Efectivamente, el capitán Serebriacoff no tenía miedo. Era admirable su audacia ordenando de pie los puntos donde debía intensificarse el tiroteo, y los bolivianos, que siempre demostraron ser buenos tiradores, nunca pudieron hacer blanco en este temerario capitán.

Cuando sus camaradas paraguayos o sus superiores le indicaban la conveniencia de ser prudente, él respondía siempre:

—Yo no moriré; yo sé cuando voy a morir.

Y seguía una y otra vez exponiéndose al fuego del ene-



¡AGUA!

La tragedia de Boquerón fué, ante todo, la falta de agua. Los soldados bolivianos, desesperados por el tormento de la sed, se arrastraban hasta el pozo que se ve en la fotografía. Dos de ellos cayeron bajo las balas paraguayas y se sumergieron en el escaso elemento de abajo. Ello no obstante, sus compañeros continuaron bebiendo la putrefacta agua del pozo. Sigilosamente, cuando la noche tendía su poncho sobre los campos desolados, se llegaban allí, y con avidez afiebrada sorbían el poco de líquido caliente y pestífero que podían subir con el balde. Una, dos, tres vueltas a la roldana, despacio, muy despacio, con una llamarada en la garganta y un miedo terrible a la muerte que acechaba en la oscuridad. Una, dos, tres vueltas más. Y de pronto, rasgando el silencio, el tableteo de una ametralladora... Los paraguayos hacían fuego en la oscuridad, porque sabían que los sitiados tentaban, por fuerza, que buscar agua durante la noche... Y así fué diezmada la guarnición. Y así se escribió una página de vergüenza para la rica y libre América, avergonzada ahora.

NUESTRO ENVIADO ESPECIAL EN EL CHACO RELATA EPISODIOS ESPELUZNANTES DE LA TOMA DE BOQUERON.

Por JUAN B. BRES

migo. La noche del 26 de septiembre, había peleado encarnizadamente durante la tarde, descansó un rato, se levantó de madrugada en momentos en que salía el sol ofreciendo el cielo un espectáculo maravilloso, y Serebriacoff contempló largo rato este cielo, después de lo cual, volviéndose hacia sus camaradas, les dijo:

—¡Qué lindo día para morir! ¡Hoy sí quisiera morirme!

Y con estas cortas palabras marchó a tomar su posición. Dos horas más tarde los camilleros traían el cuerpo ya sin vida de Serebriacoff perforado por una ráfaga de ametralladora, y allí está el valiente capitán enterrado en medio del desierto, tan lejos de los paisajes nevados de su patria que siempre recordaba con melancolía:

LA VENIA MACABRA EN EL CAMINO A CASTILLO

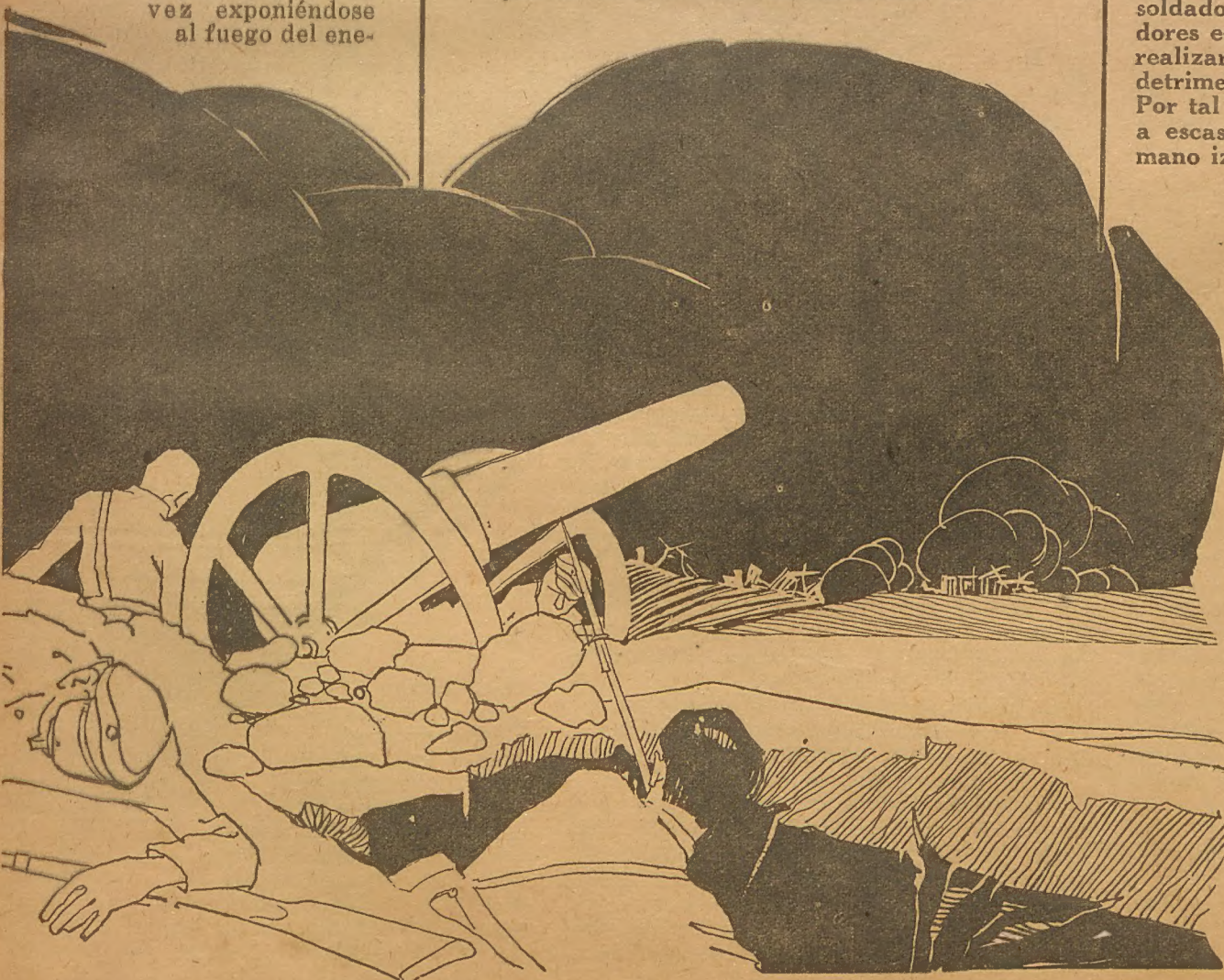
A unos dos kilómetros de este fortín, sobre el camino 14 de diciembre que conduce a Cabo Castillo, sobre el mismo sitio donde cayó, ha sido enterrado el cadáver de un soldado boliviano. La tarea de los enterradores es muy grande, y por lo mismo debe realizarse con toda celeridad, lo que va en detrimento de la perfección de sus labores. Por tal causa, aquel cadáver fué enterrado a escasa profundidad, y quedó afuera la mano izquierda. Al pasar los camiones por ese camino, la tierra, que es muy blanda, trepida, y aquella mano que se eleva como una imprecación, simula en el aire una macabra venia militar.

"La risa roja" de Andreief, uno de los primeros libros de la post guerra, que pinta la locura de los soldados que combatieron en Alta Silesia y Prusia Occidental, tiene aquí, en el corazón de las selvas chaqueñas, muchos de sus personajes.

Son soldados que no pudieron sufrir las privaciones físicas de la áspera marcha inicial; son los combatientes cuyo equilibrio mental saltó hecho pedazos en las jornadas interminables bajo el fuego de las ametralladoras.

El espectáculo horrible de los cadáveres aún insepultos, tendidos en los campos que ayer fueron de batalla, disecados o momificados por el sol, que evita las descomposiciones orgánicas y el horror que se advierte en los hospitales de sangre, donde los

(Continúa en la página 55)



Las ALHAJAS de

Muchas veces las apariencias pueden condenar a un hombre, cuando la fatalidad parece complacerse en acumular en su contra todas las circunstancias agravantes. Por eso un buen juez debe agotar todos los recursos, buscar todas las pruebas, con objeto de que un inocente no cargue con la culpa de un delito que no ha cometido.

I

El chico murió a medianoche. Francisco Rojas no tenía un centavo. Su mujer ni siquiera tenía lágrimas. Decidieron enterrarlo cuanto antes para evitarse el dolor de dar a la gente del pueblo el espectáculo de su miseria. Francisco Rojas sabía reprimir su pena. De cuatro tablas de pino hizo un cajoncito y allí puso al chico. Después se lo echó al hombro. Su mujer le siguió con un pico y una pala. El pueblo dormía tranquilamente. En la acera de una cantina — cerrada — yacía el cuerpo inanimado de un borracho. Francisco lo vio con cierta pena. ¡Si al menos tuviese él lo suficiente para una media botella de ron!...

Silencio. El camino era angosto. Arriba, en el cielo, parpadeaban los luceros y las estrellas. Abajo, en la tierra, cantaban los grillos. Diez. Quince minutos de camino. Ya estaban en el cementerio. María abrió la puerta — una puerta pobre que servía para detener a los animales — y entraron. Las cruces se alineaban lúgubremente. Eran ringleras tristes. A la luz de las estrellas blanqueaban los mausoleos. Francisco se detuvo en un lugar determinado. Colocó a un lado el cajoncito de pino. Tomó de manos de su mujer las herramientas. Luego, sin hablar una sola palabra, se puso a cavar la tumba. Media hora después el chico estaba enterrado. Ni una lágrima. Ni una palabra. Nada. Sólo el silencio y el profundo sentir. Francisco se echó al hombro la pica y la pala y buscó el camino del regreso. Era ya de madrugada. Debían ser las cuatro. María iba detrás.

— ¡Francisco!... ¡Francisco!

El marido volvióse a ella. María se le acercó. Parecía espantada. Francisco oyó que ella le decía en secreto, señalándole algo:

— ¡Un muerto! ¿Lo ves?

Francisco echó a andar hacia una cosa blanca que se veía fuera de una tumba. Llegó. Y él, que hasta hace poco parecía inmovible, sintió que los nervios le vibraban y que una ola de horror le oprimía el corazón. María lanzó un grito. Francisco se agachó.

— ¡La hija de don Sebastián, María!

— ¡La niña que enterraron ayer tarde!

— ¡La han profanado, María!

Se vieron la cara. Había que dar aviso. Había también que salir lo antes posible del cementerio. No buscaron la puerta. Saltaron al camino atravesando el alambrado. Los grillos seguían cantando. Arriba parpadeaban las estrellas. El camino continuaba solo y en silencio. Una difusa claridad permitía distinguir vagamente los objetos. Francisco vio que venía un hombre en sentido contrario a él. El hombre se tambaleaba. Vestía de negro y era bastante elegante. No debía ser un cualquiera, aunque la borrachera se le advertía a la legua. El hombre se detuvo junto a ellos. Francisco lo conocía.

— ¡Usted, don Ricardo! Pero, ¿es usted realmente?

— Yo le dije al viejo: "Mercedes me quiere. Yo la quiero. Se lo juro: Mercedes no será de nadie. Mercedes será sólo mía. Mía hasta en la

muerte." Pero el viejo no lo creía... ¡Tan linda! Había que ver cómo le gustaban los dulces. Era igual que las chicas de la escuela... ¿Sabe usted? Yo soy un resucitado... Sí, sí. Claro... Como usted quiera... ¿Mañana? Está bien... ¿Qué hora es? Vine sólo por un momento y me dormí... ¡Qué cosas! Un día le dije: "Tenemos que fugarnos"... Un momento, doctor. Voy. Voy... Bueno. Adiós... No me quedo más tiempo, mamá. Gracias. Es que ella debe estar aburrida de esperarme...

Se había detenido de repente. Así se iba también: de repente. A lo largo del camino se bamboleaba lastimosamente procurando correr. Uno. Dos. Tres. Cuatro traspiés, y se venía al suelo. Francisco Rojas y su mujer le veían con profunda pena.

— ¡Pobrecito! — dijo ella. — Está loco.

— Loco de remate.

Francisco dió un salto. Una idea. Un presentimiento. Había que seguir al loco. Había que seguirle para ver dónde iba y qué hacía. Y Francisco lo siguió. María iba detrás. El loco daba traspiés. Caía y se levantaba. Llegó al cementerio. Abrió la puerta y se metió.

II

En el pueblo

todo el mundo lo sabía. Ricardo Guzmán era novio de Mercedes Rodríguez. Y Mercedes lo quería. Su padre, en cambio, no lo podía ver. Decía que el muchacho era un atorrante. Que era borracho. Que era un Don Nadie. Prohibió a Mercedes toda relación con él. Pero Mercedes lo quería. Lo quería desde chica, cuando estaba en la escuela y él le enviaba, furtivamente, papelitos perfumados o cartas con pétalos de rosa adentro. Don Sebastián no comprendía estas cosas. Su hija trató, en varias ocasiones, de explicarle y convencerle. En vano. Don Sebastián era descendiente de españoles y sus sentimientos eran coloniales. Su hija no podía casarse con un pelagatos. Su hija merecía un marido mejor. Por ejemplo: allí estaba el hijo de don Casimiro Castro. Enrique era elegante. Buen mozo. Inteligente. Adinerado. Trabajador. ¿Qué más se le podía pedir?

— Cásate con Enrique — le decía él.

— ¡Pero, papá! ¡Si apenas lo conozco! Además, nunca podría quererlo...

— Entonces, mejor no te cases.

Así era él. Todo el coloniaje hervía en su sangre. Era medioeval. Su hija podía suplicarle. Su hija podía llorarle de rodillas. En vano. Don Sebastián Rodríguez no tenía sino una sola palabra. Una sola. Y no la repetía.

Una gran amistad le ligaba a don Casimiro Castro. Por ello mismo hubiese visto con agra-

do el matrimonio de Mercedes con Enrique. Se puso al habla con el amigo y fraguaron un plan: Enrique se marchó a Europa. Días más tarde don Se-

bastián envió a su hija. Abrigaba la esperanza de que se encontrasen en París o Madrid. Era lo convenido. De allá — pensaba él — regresaría la muchacha enamorada de Enrique. Pero don Sebastián se llevó el gran chasco: Mercedes regresó más enamorada de Ricardo. Y más decidida. Un día, por



la MUERTA

NOVELA CORTA DE
Manuel Antonio Valle

ejemplo, llegó al colmo de la audacia. Le dijo que ella no podía vivir sin Ricardo. Que le permitiese casarse con él. Ricardo era bueno. Trabaja-

— Papá — le había dicho ella: — ¿tú no quieres que yo sea feliz?

Don Sebastián rehuyó la respuesta.

Se pasaron los días. Uno de tantos recibió una visita inesperada. Se le presentó Ricardo en persona. Venía a plantearle el dilema. Él y Mercedes se amaban. Querían casarse. Don Sebastián, indignado, estuvo a punto de echarlo a la calle.

— Está bien — le amenazó el muchacho. — Está bien... Pero acuérdesse de esto: Mercedes me quiere. Yo la quiero. Se lo juro: Mercedes no será de nadie. Mercedes será sólo mía. Mía hasta en la muerte.

Salió con un optimismo negativo, mientras ella, su novia, quedaba en brazos del desconsuelo. Desde ese día Ricardo se volvió triste y retraído. A veces su almohada amanecía mojada. Mojada con esa agua salobre que son las lágrimas.

III

Lo ves, María?

Va derecho a la tumba de la niña.

— ¡Qué horror! ¿Habrá sido él, entonces?

Francisco Rojas no tenía más que

ver.

Dió media vuelta y se dirigió al pueblo. Las calles continuaban desiertas. Pasaron nuevamente por la cantina en donde, horas antes, habían visto al borracho. Francisco se detuvo un instante y vio a su mujer.

— ¿Te acordás de aquel borracho, María? ¿De aquel que estaba aquí, en la acera?

María pensó. Luego hizo un movimiento de incredulidad con la cabeza.

— No, Francisco. Don Ricardo es persona decente.

— Vos no sabés nada — dijo él. Y agregó con contundencia: — El ron es capaz de todo.

Habían echado a caminar nuevamente. Las claridades del alba empezaban a filtrarse por entre las montañas y caían sobre el mundo cual cantos mañaneros. Francisco sudaba. Su mujer le seguía arrebuja en su tapado tosco y negro. No podía la pobre arrancar del corazón el recuerdo de su chico. Estaban ya frente a una casa de buena apariencia.

— Aquí es — dijo él.

Y llamó a la puerta con golpes precipitados. Adentro se escuchó ruido de pasos. La puerta se abrió dejando visible a una mujer pálida, de ojos hinchados y enrojecidos por el llanto. Era la criada. Francisco la saludó quitándose el sombrero.

— Quiero hablar urgentemente con el patrón. Urgentemente.

La criada le dijo que el patrón no había

podido dormir en toda la noche y que se acababa de acostar. Molestarle sería un pecado. Francisco insistió dando gritos. Tenía que ver al patrón. La criada le dió con la puerta en las narices. Pero en aquel momento aparecía precisamente don Sebastián. Venía arrebuja en una bufanda de lana y en la cara se le veía el mal humor. Se encaró con Francisco. Pero éste no le dejó hablar.

— ¡Don Sebastián! ¡Han profanado el cadáver de su hija!

El viejo quedó espantado. Francisco le advirtió que él, con sus propios ojos, con esos ojos que el patrón podía verle, sanos y vivos, había visto el cuerpo de la niña Mercedes profanado. De sus palabras no se podía dudar. Le refirió, además, cómo había llegado al cementerio. Se le había muerto su chico. No tenía para comprarle un cajón en la fábrica. No tenía para velarle. Era triste. Para no sufrir más, habían dispuesto él y su mujer enterrar al hijo esa misma noche. Lo demás ya lo sabía don Sebastián.

— ¡Bandido! ¡Bandido debe ser ese malvado que ha cometido crimen tan nefando! — rugía el viejo. — Yo haré que se le encuentre y se le castigue sin misericordia...

Las lágrimas se le salían de los ojos. Eran unas lágrimas de soberbia y de dolor. Fue por su sombrero apresuradamente y siguió a Francisco, que, muy dócil, había vuelto sobre sus pasos. María regresó a casa con la cabeza baja. Adentro, muy adentro del alma, llevaba a su chico. A su chico, a su hijo muerto por hambre. Don Sebastián preguntó a Francisco:

— ¿Quién habrá sido?

— Yo presumo — replicó el aludido con cierta reserva — que el mismo novio de la niña... Le voy a contar. — Refirióle, mientras caminaban, los detalles de la madrugada, el encuentro con el borracho, y más tarde el de Ricardo. Agregó: — Me parece que ese señor anda loco... Dice muchos disparates y no se puede tener en pie de borracho. Además, yo lo he visto entrar al cementerio.

Don Sebastián sacó su pañuelo y se limpió los ojos. Pensaba si todo lo sucedido no sería castigo de Dios por la desobediencia de su hija. Luego, refiriéndose a Ricardo, dijo:

— ¡Siempre creí que era un malvado!

Llegaron al cementerio. Don Sebastián se dirigió a paso raudo al mausoleo de su hija. Desde lejos podía verse la figura de un hombre vestido de negro sentado a la par de un cuerpo tendido sobre el suelo. Francisco oyó que el patrón le decía:

— Ve a dar parte a la autoridad.

IV

Llegó el juez de paz, el forense, un detective y varios gendarmes. El cuadro era triste y repugnante. Indignaba. Daba lástima. Sobre la hierba yacía tendido el cadáver de Mercedes. Todavía estaba fresco el bloque de cemento despegado del mausoleo. Se veía, se adivinaba todo lo que el malhechor había efectuado. Primero, seguramente, había roto la boca del mausoleo ayudado con algunas herramientas. Después había sacado a la muerta, a juzgar por el desorden de la ropa. El juez no dudó: aquel cadáver estaba profanado. El forense examinó. Su diagnóstico fue contrario: el cadáver no había sido profanado en la forma que todos suponían. Don Sebastián alzó la voz. El forense mentía. El forense estaba de parte del malhechor. Y el malhechor era aquel individuo que estaba allí, tumbado sobre la hierba — don Sebastián lo había castigado adelantándose a la justicia y con su propia mano — con una herida en la frente y gimiendo y disparatando. El detective, más razonable, pidió permiso para examinar el

(Continúa en la página 11)

jador.
Honrado.
Inteligente.
Sólo le faltaba una cosa: el dinero que le sobraba al hijo de don Casimiro. Mas ella no quería dinero. Ella no se vendía. Ella quería cariño puro y ser feliz. ¡Ser feliz con su Ricardo!

— Bueno
— Le dijo.
— Si querés
te hago una
prueba. Es para
pagarte el favor
que me has hecho.
Necesitaba una copa.

UNA REVOLUCION EN EL PAIS DE LOS ELEFANTES

EN estos momentos en que se hace cátedra de ética revolucionaria en los países más civilizados, y las revoluciones se practican con una frecuencia un tanto inquietante para el propio bienestar que ellas tratan de promover; el pueblo de Siam les da un hermoso ejemplo de cordura a los políticos de todos los estados. Por eso destacamos lo que acaba de ocurrir en el país de los elefantes, con motivo de la revolución que afianzó constitucionalmente a su monarca.

¿Concibe el lector que, en cualquier estado sudamericano, por ejemplo, pueda llevarse a cabo, actualmente, una revolución con otro propósito que el de desalojar del presupuesto a un partido para tratar de satisfacer el apetito de otro?

— ¡No!

¿O admitiría, por ventura, que una revolución triunfante, y de carácter netamente popular, no derrocase al jefe del estado para imponer cualquier otro?

— No. ¡Imposible!

Y si ese movimiento se realiza invitando al gobernante a proceder de manera que el pueblo pueda sentirse, en lo sucesivo, más gobernado por él, ¿no le parecería al lector un hecho prodigioso en estos momentos que estamos viviendo?

— ¡Absurdo!

Pues bien. Eso que parece tan extraordinario, es precisamente lo que acaba de ocurrir en un país apenas civilizado, perdido en el Asia meridional, en la península de la Indochina, famoso por sus elefantes sagrados y sus encantadores de serpientes. Compartimos el asom-



Los reyes de Siam, que aparecen en este grabado, han caído del trono que ocupaban, a raíz de un movimiento de carácter militar. Como consecuencia de ello, esta pareja soporta un encierro en la propia sala del trono.

EL PUEBLO DE SIAM SE SUBLEVA PARA CONMINAR A SU REY A QUE LO GOBIERNE

bro de ustedes, pero debemos reconocer que estos hechos, que rayan en lo prodigioso, sólo pueden producirse ahora en países de leyenda...

EL REINO DE SIAM

Este reino extraordinario, que por todas las características que ofrece ha colmado la fantasía de más de un poeta, está situado en el centro de la Indochina y abarca una extensión considerable, contando con una población de seis millones de habitantes, en su mayor parte semisalvajes. Todo él es un inmenso valle de vegetación exuberante, lleno de plantas exóticas y animales de especies casi desconocidas en otras partes del globo. El río Minán lo recorre en todo su curso de doscientas ochenta leguas de largo.

UNA NOTA De TIMOTEO GONZALEZ

Los elefantes son sagrados en Siam, y para cualquier oficio o ceremonia, el propio rey les hace objeto de su devoción. Heo aquí al monarca en una de esas ceremonias arrojando sobre el lomo del paquidermo el óleo bautismal.

La población vive, salvo contadas excepciones, dedicada al cultivo del arroz y a la práctica de sus ritos, entre los que cobra una singular importancia la adoración al elefante blanco, de carácter sagrado como su negro monarca.

Los intereses europeos y norteamericanos no han desarraigado allí muchas de las costumbres de los nativos, pues orientan la perspectiva de sus negocios sin estimular mayormente el cambio de la tradición primitiva. De ahí que este pueblo pueda considerarse como uno de los últimos baluartes de una civilización tan distinta a la nuestra.

EL REY Y SU CORTE

La forma de gobierno de Siam podría llamarse despótica si los súbditos no se aviniesen a ella. Pero todos aceptan de buen grado el supremo derecho del monarca sobre sus vidas y sus bienes. Y el soberano, salvo alguna que otra incursión guerrera para tener a raya a alguna tribu, deja deslizar su existencia, rodeado de pompa, en una envidiable bienaventuranza. Con halagos que, como veremos luego,

muy pocos jefes de estado han podido darse hasta el presente, con tanta comodidad. Sin descontar el placer que se suele proporcionarse en sus viajes por Europa, donde es agasajado con todos los honores de su rango.

La corte de los reyes de Siam ha sido siempre numerosa. Demasiado numerosa para poder seguir gozando en la actualidad, cada uno de los miembros de la aristocracia, de todos los privilegios y beneficios que la tradición les acordaba. Esta fué una de las causas de la revolución que comenta-

(Continúa en la página 27)

Las ALHAJAS de la MUERTA (Continuación de la página 9)

cadáver e interrogar allí nomás al presunto delincuente. Pero éste sólo le respondía cosas sin sentido.

El detective se acercó a don Sebastián. Le hizo varias preguntas. ¿Ricardo había sido novio de la muerta? Don Sebastián dijo que sí. ¿Los novios se querían? Sí. ¿El, don Sebastián, les había obstaculizado? Era cierto. ¿Ricardo era de malos antecedentes? No. Al menos — dijo el padre de Mercedes — era lo que afirmaba la gente. ¿Ricardo padecía enajenación mental hereditaria? No. Su demencia databa de horas. Quizá de días, cuando más. ¿Había algún detalle que le comprometiese? Don Sebastián explicó.

— Un día — dijo — me amenazó con estas palabras: "Mercedes me quiere. Yo la quiero. Se lo juro: Mercedes no será de nadie. Mercedes será sólo mía. Mía hasta en la muerte." Después, una noche, mientras velábamos a mi hija, se presentó a verla. Yo lo saqué a patadas. Yo estaba en mi casa. Yo sabía que ese hombre era un malvado.

El detective le detuvo en los denuestos. Pasó a interrogarle en otra forma. Se aseguraba entre la gente del pueblo el día anterior, después de las exequias, que don Sebastián había hecho enterrar a su hija con todas sus alhajas. ¿Era eso cierto?

— Sí — dijo él. — Se le colocaron sus alhajas. Pero no es cierto que se la haya enterrado con ellas. Las alhajas se le quitaron en el momento de enterrarla.

— ¡Ah!... El detective llevó a don Sebastián junto al cadáver. Le hizo que lo examinase para ver si, fuera de las alhajas, le faltaba algo. El detective había notado que a Mercedes le faltaban los zapatos. Don Sebastián estuvo de acuerdo.

— ¡Le faltan los zapatos! Los buscaron por todas partes. Revolvieron la maleza. Registraron a los curiosos que, poco a poco, habían ido llegando al escándalo de la noticia. Interrogaron a Ricardo. Ricardo no hablaba. Les veía a todos con ojos extrañados. Los zapatos no aparecieron.

— ¿Cómo eran los zapatos? — preguntó el detective.

— Blancos — explicó don Sebastián, malhumorado. — Eran blancos, de cabritilla, y nuevos.

— ¿Dónde fueron comprados? — En la zapatería "La Elegante"... — Y agregó, sin poder contener la bilis: — Pero, ¿a qué vienen esas preguntas absurdas? ¿Quién puede haber venido a un cementerio a desenterrar a una muerta sólo por robarse un par de zapatos? ¡Eso es una tontería! El delincuente está allí. ¡Es ese malvado, ese embustero que se quiere hacer pasar por un demente!

Las autoridades le rogaron que se callara. No había que olvidar que estaban en el camposanto. El detective optó por callarse. Dejaría sus investigaciones para mejor oportunidad. El juez ordenó que el cadáver fuese introducido en su sitio. Don Sebastián, llorando de soberbia o de dolor — no se podía afirmar a qué se debían sus lágrimas en particular, — se acercó a su hija para verla por vez postrera. Mercedes parecía sonreírle. Aún conservaba en las mejillas un suave tinte que hacía pensar en los rubores de las doncellas de la época romántica. Se la levantó en brazos con sumo cuidado, como para no despertarla de su sueño eterno, e iban ya a colocarla dentro del mausoleo, cuando don Sebastián los detuvo. Quería besarla. Quería también dirigirle sus últimas palabras. Y fueron dos. Dos nada más.

— ¡Perdóname, hijita! Una vez cerrada la tumba, las auto-

ridades echaron mano a Ricardo y lo condujeron a la cárcel. Por el camino iba diciendo:

— Uno, dos, tres. Uno, dos, tres... ¡Mamá, mamá! Ya nos casamos. Aquí viene Mercedes... ¡Ji, ji, ji!... ¡Había que ver cómo le gustaban los dulces! Era como las chicas de la escuela... Yo le dije al viejo: "Mercedes me quiere. Yo la quiero. Se lo juro: Mercedes no será de nadie. Mercedes será sólo mía. Mía hasta en la muerte." ¡Ji, ji, ji!... Uno, dos, tres. Uno, dos...

— ¿Lo oye usted? ¿Lo oye usted, señor detective? — interrumpió con sorna don Sebastián. — Se burla de mí. Y al burlarse de mí se burla de mi hija.

Notaron que de la frente del loco manaban hilos de sangre. La sangre le chorreaba con pereza. Allí le había golpeado don Sebastián.

V

Diez. Quince. Veinte. Treinta días. Y nada. Pablo Ruiz — el detective — desesperaba ya. Los zapatos no aparecían por ningún lado. A su amor propio de sabueso había que sumar la re-

compensa que don Sebastián, en momentos de locura, le prometiera una tarde. Había él ido a interrogar a la servidumbre. Pablo Ruiz sospechaba del mundo entero. Don Sebastián le había dicho seriamente:

— Si usted descubre al verdadero delincuente, yo le daré quinientos pesos.

En el fondo, don Sebastián no arriesgaba nada. Él sabía — estaba casi seguro de ello — que en el asunto sólo había un delincuente, ya conocido. Ese delincuente era Ricardo Guzmán. El muchacho continuaba en la cárcel. No se le había podido levantar juicio sumario a causa de su anormalidad mental. A veces, sin embargo, el muchacho recordaba su lucidez. Su madre iba a visitarlo al calabozo y lloraba de pena al verlo en aquella miseria. Ella sabía que su hijo era bueno e incapaz de cometer un sacrilegio como el de profanar un cadáver. Ella era madre y comprendía. Pero don Sebastián Rodríguez, terco y malintencionado — así le creía ella, — no era del mismo parecer. Don Sebastián aseguraba diariamente:

— ¡Fué ese malvado! ¡Ese bandido! Le daba rabia cuando Pablo Ruiz le objetaba:

— Pero ese muchacho no tiene necesidad de robar un par de zapatos. Y

yo creo, estoy de ello casi convencido, que quien robó los zapatos es el delincuente.

— Y entonces, si ese tal muchacho no profanó el cadáver, ¿qué fué a hacer al cementerio en plena noche? ¿Qué buscaba? Eso es lo que digo yo. ¿Qué buscaba? Porque a algo debe haber ido. Además, está el testimonio de Francisco Rojas, que lo vió con sus propios ojos, como él asegura.

— A propósito de ese Rojas: ¿usted no cree, don Sebastián, que ese hombre...?

— En absoluto, amigo. Francisco Rojas es persona honrada. Yo lo conozco.

— Persona honrada... Persona honrada... ¿Usted cree que existe la honradez, don Sebastián? ¿Que exista allí mismo donde existe la miseria?

Una de las cosas que le repugnaban a don Sebastián era que le contradijesen. Regularmente cerraba sus discusiones con el detective de esta manera:

— Está bien. Crea lo que usted quiera. Yo le daré quinientos pesos si me prueba que estoy equivocado.

Y Pablo Ruiz estaba dispuesto a probarlo. Para ello contaba con el par

(Continúa en la página 13)



El mal humor de los niños

Hay temporadas en que los niños están malhumorados, con mal carácter, irritables, se enojan amenudo.

Casi siempre esto se debe a que su intestino no funciona bien, es perezoso y no desaloja diariamente lo necesario.

No haga sufrir a sus niños con purgantes de feo gusto, deles

Santeina

Ricas pastillas de chocolate, que pueden comerlas a cualquier hora. Una es suficiente para purgarlos.

Es el purgante ideal.

Santeina no irrita, es suave y segura, siempre causa efecto y regulariza el funcionamiento del intestino.

En todas las farmacias y en la

Farmacia Franco-Inglesa

LA MAYOR DEL MUNDO

Sarmiento y Florida

Buenos Aires

Las peripecias de PANCHITO



Abarajá ese trompo en la uña

DERECHOS DE REPRODUCCION ADQUIRIDOS EXCLUSIVAMENTE PARA "MUNDO ARGENTINO"

LAS ALHAJAS DE LA MUERTA

(Continuación de la página 11)

de zapatos. Pero los zapatos debían estar bajo tierra. No aparecían por ninguna parte. Cansado, desesperado casi, podríamos decir, se dió una noche, repentinamente, a la tarea de examinar todos los zapatos del pueblo. No hubo desde ese día mujer a quien no le viese los pies. Algunas lo apostrofaban. Otras se reían. Pocas — juzgándose mejor educadas — se contentaban con hacerse las desentendidas. Pero las más procuraban darle un puntapié. Pablo Ruiz se venía convirtiendo en un mártir de la investigación en provecho de la justicia. Llegó al colmo: uno de tantos días dispuso fingirse loco o algo por el estilo. Fué de casa en casa solicitando comprar zapatos viejos. El mago rival de Aladino buscaba lámparas viejas para cambiarlas por nuevas. Pablo Ruiz no cambiaba zapatos viejos por nuevos. Pero, en cambio, ofrecía pagarlos bien. De más, quizá, esté decir que eran pocas las mujeres que consentían en mostrarle sus zapatos. Lo peor del caso era que los chicos del pueblo se le pegaban atrás y le gritaban y le tiraban del saco. Pablo Ruiz les largaba un puntapié con mucho disimulo y reía a la manera de los dementes. Los chicos, entonces, le arrojaban piedras.

Una noche tuvo la ocurrencia de entrar en una cantina. Tenía ganas de beberse una copita. La pidió al vendedor. Iba a embucharla cuando una mano lo detuvo. Pablo Ruiz se volvió al intruso. Era un hombrecillo de pobre apariencia. Ojos opacos. Debía andar en los cincuenta años. Del cuello le colgaba un buen pedazo de cuero, como a los gallos. La vejez y la flacura. Todo él era una miseria. Pablo estuvo a punto de compadecerse. El petiso le dijo:

— Dámela a mí. Tengo sed.
— ¿Qué? ¿Que te dé la copa?
— Sí. Tengo sed.
— ¿Qué desvergüenza!

Pablo se empujó la copa. El hombrecillo continuaba a su lado. Una mirada. Un examen de su miseria. Una muda comprensión de su tragedia sucia. Un no sé qué de doloroso en aquella cara miserable obligó al detective a llevarse la mano al bolsillo y sacar una moneda.

— Toma — le dijo. — Para tu copa.

Además, quería verlo. Quería verle la cara que pondría al bebérsela. El ventero llenó la copa después de cobrar y la colocó sobre el mostrador. Pablo Ruiz observaba. El petiso la tomó con sumo cuidado. No quería que se le derramase. La copa estaba llena. Le temblaba la mano. Luego se la echó a la boca y la tragó de un solo sorbo. Después se limpió con la manga de la camisa, sórdida y tostada por la mugre. Dió las gracias. Pablo Ruiz sentía asco, repugnancia y lástima. Iba a marcharse, cuando el petiso le detuvo. Le llamó a una mesa. Del bolsillo del pantalón sacó un juego de naipes.

— Bueno — le dijo. — Si querés, te hago una prueba. Es para pagarte el favor que acabás de hacerme. Necesitaba una copa. Andaba muriéndome, ¿sabés? Ayer me emborraché. Hoy amanecí en la calle, tirado sobre las piedras, como los perros que no tienen dueño y que, quizá por sarnosos, nadie los quiere. Calentó el sol, y yo me moría de frío. Me dolían los huesos. Se me helaba la sangre. ¡Qué terrible es eso, hombre! Pedí unos centavos en son de limosna, y los ricos me los negaron. Necesitaba una copa. Necesitaba arrancarme la fiebre del frío. Y todos me decían: "Pero, ¡hombre de Dios! ¡Tan viejo y sin vergüenza! ¿Por qué no trabaja? De seguro quiere el dinero para ir a emborracharse." ¡Me lo has de creer? Mientras, yo me moría. Me moría del frío. Te lo juro. Se llegaron

las doce, y nada. Se llegaron las seis de la tarde, y nada. Creí que también se llegaría y se pasaría la noche, y nada. Pero viniste vos, hombre. Me has salvado. Te lo juro. Por eso quiero hacerte la prueba.

— ¿Sí? No está mal el discurso.

— No te burlés de los viejos, hombre...

— ¿Sabés quién soy yo? Mirá esto.

El detective le mostró una plaquita oficial. El viejo no pareció extrañarse.

— ¡Ah!... Sos gendarme, ¿no?

— ¿Gendarme, has dicho? Soy detective, que no es lo mismo.

— Para mí, sí. Es lo mismo. Pero no discutamos, hombre. Has sido bueno para conmigo y quiero hacerte una prueba. Sé manejar las cartas y ellas me dicen lo que les pregunto. ¿Querés preguntar algo? Desembuchá, hombre. Desembuchá.

Pablo Ruiz se acordó de sus zapatos. Tal vez... De todos modos, nada se perdería si las cartas resultaban embusteras. Se arrellanó en la silla. Después se agachó sobre la mesa y habló en voz baja con el viejo. El petiso se sonreía maliciosamente. Iba a preguntarle a las cartas si sabían dónde estaban escondidos los zapatos que buscaba Pablo Ruiz. Esparció las sobre la mesa y empezó a musitar palabras ininteligibles para su interlocutor. Silencio. Uno. Dos. Tres minutos. De pronto, el viejo levantó la cabeza.

— Las cartas indican una iglesia.

— ¿Una iglesia? Pero, ¡embustero! ¡Viejo zonzol! ¡Te habrás figurado que la Virgen se robó los zapatos? ¡Habrás visto semejante estupidez!

El viejo dió un puñetazo en la mesa. Sus cartas no mentían. Quien quisiera creer en ellas que creyese. Y quien no, que se fuese al diablo. Se metió el naipe en el bolsillo, se levantó visiblemente enojado y ganó la puerta. Cuando Pablo Ruiz salió a la calle, el viejo había desaparecido. De él no le quedaban sino estos vagos recuerdos: que era petiso. Triguero. Cincuentón. Que del garguero le colgaba un buen pedazo de piel, como a los gallos. Que en la mejilla derecha tenía la cicatriz de una herida — Pablo Ruiz habíasela notado mientras el viejo barajaba — y que, además, era muy buen jugador de naipes. Eso era todo.

VI

El forense había dicho que el reo tenía ratos de gran lucidez. Podía aprovecharse uno de ellos para tomarle declaraciones e ir aclarando el embrollo judicial del asunto. En consecuencia, el juez enviaba al secretario a visitar al reo. Pero el secretario siempre volvía renegando. Ricardo Guzmán estaba loco de remate. Él lo había visto hacer tonterías y oído decir disparate tras disparate. El forense les había mentado.

— Mañana iré yo — dijo un día el juez.

Y fué. El alcaide lo llevó a la celda del reo. A través de las rejas el juez pudo verle acurrucado en una esquina, metiéndose el meñique en la nariz. El juez sintió náuseas. Ricardo parecía muy tranquilo. Una gran indiferencia aparentaba sentir por todo lo que le rodeaba. Su palidez era acentuada y el brillo de sus ojos, de pupilas redondas y dilatadas, denotaba su gran debilidad y lo lejos que estaba de la salud.

— ¿Qué le dan de comer? — preguntó el juez al alcaide.

— Su familia le trae de todo, señor. Pero él nunca come nada. Todo lo tira. De vez en cuando, logramos hacerle

(Continúa en la página 17)

CAMPO

La mejor ropa para
trabajar y pasear en
el campo. :: :: ::

Para Hombres, Se-
ñoras y Niños. :: ::



Bombacha para niño,
en gabardina de algodón
12-18 años 7.50
4-10 " 6.80

Breeche para niña, de casimir
de algodón, a cuadritos 12.30

Breeche para señora, de ga-
bardina de algodón fina, con
cierre automático. . . . 14.80

Breeche para hombre,
de brin jaspeado 12.-

La gran casa especialista

Proveda

CALLAO Y CANGALLO

U. T. 38 MAYO 2046 - 47 - 50 - 58 - 59

LOS Higgins habían progresado. Es decir, José Higgins que había sido toda su vida un vulgar ciudadano, que gozaba de un modesto sueldo, recordado repentinamente por un tío moribundo y lejano, había recibido una pequeña herencia. José renunció entonces a su empleo y se convirtió en un "señor rentista".

La señora Higgins estaba, naturalmente, encantada. Había sido siempre ambiciosa, mucho más de lo que su situación le permitía, y estaba ansiosa de actuar en los mejo-

bía un aire de soledad que podía sugerir toda clase de horrores y tragedias a los imaginativos. Pero la señora Higgins no era imaginativa. Él tampoco lo parecía.

— Estoy segura de que nos convendrá — dijo ella.

— Parece un poco húmeda.

— ¿Húmeda? ¡Tonterías!

La pequeña chispa de rebelión de parte de José se apagó. Siguió a su esposa por la casa. No había nadie para guiarlos. Les habían dicho que pidieran la llave al vecino

queda allí, pero la mujer siempre quiere superar a su ambiente. José Higgins pensaba todas estas cosas en su interior, pero no decía nada. Y así continuó la inspección, hasta que llegaron a una puerta que parecía estar cerrada con llave. Ni con los esfuerzos hercúleos de José se pudo conseguir que la puerta cediera. La señora Higgins llamó a un chico y lo envió a hacer averiguaciones en la casa vecina. Volvió con el mensaje de que nada sabían de la puerta, y de que suponían que siempre había estado cerrada. La señora es-

¡VAMPIROS!



res círculos sociales. Estas ambiciones se exteriorizaban en su determinación de dar a su hija — su única hija, — Herminia, la mejor educación posible para que pudiera alternar en los círculos en que la señora Higgins soñaba figurar algún día. Esto había costado muchos sacrificios y privaciones a José, pero Herminia estaba ahora, según la opinión de su madre, en condiciones para casarse con cualquier aristócrata. Esta convicción, unida a la repentina mejoría de su posición pecuniaria, hizo que la señora Higgins viera con desagrado las aspiraciones del joven Samuel Milton, que manifestaba inclinaciones amorosas hacia Herminia. Samuel, a pesar de ser un joven trabajador, no tenía nada que ofrecer, siempre en opinión de la señora Higgins, para compensar los gastos ocasionados por la educación de Herminia. José, interrogado sobre el asunto, se declaró neutral. Pero había poca esperanza de que él se opusiera a los deseos de su esposa; largos años de tiranía doméstica lo habían convencido al respecto. Aun así, todo lo que deseaba era la felicidad de su hija. El caso es que la situación era esta: aunque Samuel, en atención a una antigua amistad, podía frecuentar la casa, había recibido indirectas bien significativas de que, como pretendiente a la mano de Herminia, sólo podía esperar la puerta.

Ahora, con su relativa riqueza, la señora Higgins resolvió asegurar bien su pie en los peldaños de la escalera social. Lo primero que debían hacer era mudarse a una casa más grande y más suntuosa. Si su casa actual era indigna de su nueva posición, la proximidad de Julián Higgins, hermano de José, que vivía a la vuelta, la hacía doblemente indeseable. Porque Julián tenía un negocio; una farmacia, es cierto, pero, al fin, un negocio; y José, no hay que olvidarlo, ya era algo en la ciudad. La señora Higgins ansiaba olvidar, y que la gente también olvidara que su cuñado tenía un negocio. Pensando en esto había visitado "agencias" de casas para alquilar y al fin había dado con lo que le parecía conveniente. Llevó a José para que la viera.

— Mira — le dijo señalando la fachada de la casa.

La mirada de José siguió la dirección de su dedo. Lo que vio era una casa que, indudablemente, había pasado por mejores días. Un corredor se extendía al frente, y de él colgaban los restos de una enredadera. Ha-

Un cuento de Haroldo Simpson

y que se la dejaran luego.

— No parece que el dueño tenga muchos deseos de que la alquilemos — observó José.

Su esposa lo contrató con una mirada. En silencio inspeccionaron la casa. Ella se mostraba cada vez más satisfecha. ¡Era justamente lo que había soñado! Piezas grandes y altas, muros con paneles oscuros en el comedor y claros en la sala, repisas profusamente talladas y estufas con azulejos. José, por otra parte, lo miraba todo con disgusto. La casa ocasionaría muchos gastos para refaccionarla y mantenerla, lo cual repercutiría en sus recursos. Después de todo, la suma heredada por él no era tan grande; el interés que le producía, con el que tenían que vivir, no representaba una entrada respetable, ni mucho menos. Si empezaba a disponer de su capital, ¿adónde llegaría? ¿Qué sería de todos? ¿Por qué una mujer nunca está contenta en su propio ambiente? Reflexionaba amargamente. El hombre sabe el lugar que le corresponde y se

